



BIBLIOTECA VIRTUAL  
MIGUEL DE CERVANTES

BIBLIOTECA AFRICANA  
[www.cervantesvirtual.com](http://www.cervantesvirtual.com)

**KARIMA TOUFALI**  
*Los velos del alma*  
[Fragmentos]

#### Edición impresa

Karima Toufali, *Los velos del alma*, 2014

#### En

Karima Toufali (2014) *Los velos del alma*. Melilla: GEEPP Ediciones. ( pp. 30-31, 48-49, 56-57, 70-71, 112-113)

#### Edición digital

Karima Toufali, *Los velos del alma. Selección de fragmentos*. (2017)

Lola Bermúdez Medina (ed.)

Biblioteca Africana – Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes  
Junio de 2017



Este trabajo se ha desarrollado en el marco del proyecto I+D+i, del programa estatal de investigación, desarrollo e innovación orientada a los retos de la sociedad, «El español, lengua mediadora de nuevas identidades» (FFI2013-44413-R)



## *Los velos del alma*

Karima Toufali

-El cuerpo es una simple masa que sirve de prisión al alma, algún día abandonará esa prisión que en ocasiones la vejez agarrota. -decía.

En algunos momentos Safiya se sentía bien al imaginar la libertad del alma al llegar la muerte. Ese pensamiento la colmaba de paz.

Sin embargo, a pesar del riguroso peso de los años, conservaba una memoria indeleble, quizás por ello supo prenderse a una vida dura, y a los restos de ella. Una vida unida al pasado de su aldea, y a la suya propia, cargada de sacrificios y probada entereza.

Safiya se instalaba en un mundo limitado y lejos del otro mundo, casi darse cuenta.

-- La muerte no anda muy lejos de mí, la presiento muy cerca. La ceguera me ha rodeado con capas de tinieblas intentándome quitar la poca luz de rayos de sol que entran por mi pupila. No es que me aferre a esta vida, a este mundo, o que temo la muerte, que *Allah* me libre de ello. Él sabe que la he deseado infinitas veces, el tiempo me ha enseñado a esperada, sin angustias ni temores.

Si alguna vez, llegue a esquivar los pasos que el destino me tiene reservado, entonces mal camino he escogido, pensaré pues, que *Allah* me ha abandonado en este mundo para recrearme en lo externo que se nos presenta con demasiadas frivolidades, eso me entristece.

La muerte, si somos de los agraciados, es otra etapa de nuestra existencia a la que no debemos temer, pero sólo, si Dios nos agracia. Lo que verdaderamente me preocupa es si Allah aceptará o no mi ligero equipaje, y eso en ocasiones me estremece. -le confiesa a Aisha que la escucha sin parpadear desde el primer momento que Safiya comienza a hablar.

-Eso que dices, me hace pensar en el común de los seres, los que somos débiles y no hemos conseguido llegar a esa etapa de tu interioridad espiritual, entre los que yo me encuentro. Entonces, ¿qué podemos decir nosotros? -le pregunta Aisha.

-No, no debemos angustiarnos, ni desesperamos, la *Rahma* de Allah es infinita, Él sabe lo que encierra nuestro corazón y ve el esfuerzo que uno hace por acercarse a Él. Sólo Él tiene acceso a nuestro interior, pero sin duda alguna, Dios escoge a quien Él quiere, y le obsequia con una sabiduría especial -responde Safiya..

El equipaje al que se refería Safiya, era un equipaje que a los ojos de los humanos aparece ligero, sin embargo, su peso podía desequilibrar la balanza de nuestros hechos.

Safiya supo alimentar su bagaje de paciencia, y humildad, y sin estridencias combatió durante su

largo paso por la vida contra el ego que le asaltaba como a cualquier humano, intentando convertida en un ser henchido de soberbia. Ella supo ponerle límites al nafs orgulloso que quebranta cualquier atisbo de sencillez, serenidad y equilibrio.

\*\*\*\*\*

Mukhtar permaneció de pie disfrutando de la débil brisa que acariciaba su rostro, mientras observaba el tallo quebrado de un árbol que sobrevivía al otoño prendido a la vida de sus raíces. Se apoyó en el árbol y posó la vista en el cielo, el cielo del amanecer era de un perfecto igualado color azulado. Mukhtar había vuelto a su calma deseada.

Durante su reclusión, sus células se retaron en un cuerpo dolorido, mientras su reflexión se debatía entre lo bueno y lo malo de las enfermedades.

- ¿Extraño verdad? -preguntó Safiya.
- Sí. -respondió Aisha.

No cualquier ser tiene cabida en su raciocinio pensar lo bueno que puede proporcionamos la enfermedad. De ello estoy segura. -asevera Safiya. -No todos tenemos los elementos necesarios para introducimos en lo más profundo de nuestro interior y generar reflexiones que nos acerquen a Dios. A veces ocurre todo lo contrario, enojados, mantenemos disputas y reproches con Él. Nos alejamos aún más.

Pero Mukhtar, no era de los seres comunes.

En el sufrimiento del cuerpo, el dolor siempre nos aguarda una sabiduría a pesar de ser nocivo, y sin duda la muerte, formaba parte de las reflexiones de Mukhtar. Estábamos seguros.

La muerte estaba tan cerca de él como tan cerca lo estaba la vida, como todo ser que tiene vida; "Toda alma probará la muerte"-Safiya mencionó el versículo.

Mukhtar nunca tuvo obsesión alguna, la muerte no le asustaba. Él entendía que desear vivir para siempre, era una forma de morir, y lamentablemente hay muchos hombres que ansían vivir para siempre, y en estos tiempos que corren los hay aún mucho más.

Sin embargo, el dolor, la larga y tortuosa agonía, cuando nuestra alma quiere huir de nuestro cuerpo para volver al lugar de donde proviene, era algo que horrorizaba a Mukhtar. Es cierto que aún era muy joven, eran sus primeros pasos por la senda de la sabiduría -aclaró.

Cuando algún dolor le acechaba, se encerraba en su espacio de la casa, le incomodaban las visitas. Todos pensábamos que mantenía una intensa comunicación con el dolor, por eso necesitada de ese retraimiento.

Mukhtar como a la mayoría de los hombres, le suponía una enorme aflicción sobrellevar el dolor, se quejaba continuamente, y constantemente requería la atención de su mujer que pacientemente apenas se separaba de su lado. Pero con los años, la madurez había educado a Mukhtar y su

aprendizaje le había instruido para ver las cosas con el prisma del *sabr*, la paciencia. Conocíamos muy bien a Mukhtar, y comprendimos que aún a pesar de todo lo que entrañaba el padecimiento, en su sabia madurez afrontaba la prueba del dolor como una llamada de atención, sencillamente se había conformado con lo que Dios le había determinado en la vida.

\*\*\*\*\*

En algunas ocasiones familias que venían de la ciudad ofrecían una cena con motivo de alguna celebración. Eran noches muy emotivas, envueltas de *sakina*. A pesar de nuestra pobreza, nunca faltó comida, era un lugar bendecido por Dios.

Safiya sintió una profunda añoranza al recordar aquellos tiempos, de sus ojos ciegos descendieron por los surcos de su piel unas débiles lágrimas. Se enjugó los ojos. Sus palabras se embebieron de rezagada calma al describir a Mukhtar. Continuó.

Era de piel clara, barba lisa sencillamente arreglada, y sus gestos serenos parecían nutridos por el flujo de la *baraka*. La pureza de su mirada y la solidez de su calma irradiaban bondad. Mukhtar era un hombre generoso, inspiraba afecto, la gente del lugar se sentía halagada con su presencia, se impregnaban de su conocimiento y sabiduría, y les prendaba pasar horas escuchándole hablar. No obstante, Mukhtar era de escasas palabras, la cautela siempre fue un rasgo característico de él. Los lugareños decían de él que era un hombre extremadamente sencillo, humilde y gran maestro. Un ser excepcional, cuya compañía era un honor.

El silencio es un pilar fundamental en el camino espiritual. Debemos controlar nuestra lengua, son muchas las veces que decimos cosas indebidas. ¿Entiendes Aisha? -con un gesto de cariño Safiya puso su mano sobre la rodilla de Aisha.

Los años habían pulido a Mukhtar con prudente sabiduría, de ahí que los vecinos atendían atentos cuando lo hacía. Sus palabras eran sencillas, con voz baja y suave llegaban con facilidad a los aldeanos. Su aprendizaje colmaba de paz sus corazones.

"El silencio es un don. Nuestras palabras pueden llegar a ser nuestra perdición, ceban nuestro ego. El silencio es una virtud y alimenta la humildad. Nuestros discursos delatan lo que llevamos dentro; en ocasiones aflora la pobreza y miseria de nuestro mundo interior, y en otras demuestran nuestra riqueza y bondad" -decía Mukhtar.

Sin embargo, Dios le había dado la capacidad del lenguaje con una facilidad pasmosa, y una memoria valiosa para transmitir las enseñanzas, un tesoro que compartía con todos.

Mukhtar tuvo tres hijos. La vida no le fue fácil, igual que al resto de aldeanos de la comarca, pero a pesar de grandes dificultades pudo labrarse un camino para su vida y la de sus hijos.

Su vida en particular o su primera etapa, había sido especialmente dura, llena de fracasos y dolor. Trabajó reciamente en las tierras que heredó de su abuelo, consiguió que sus huertas enriquecieran la comarca, abasteciendo los zocos con verduras y frutas y dando trabajo a los hombres y

mujeres del poblado. Después amplió el corral y compaginó ambos trabajos. Llevó adelante todo el trabajo del campo con la energía que caracteriza a la juventud campesina.

\*\*\*\*\*

Era de modales sencillos. Exteriorizaba un amor y respeto incondicional a su padre. Nunca se separó de él a quien admiraba excesivamente. Los rasgos espirituales de Mukhtar habían germinado en su personalidad. Dios había respondido a las rogativas de Mukhtar.

No tengo ningún recuerdo agrioso de Ibrahim. -prosiguió Safiya, intentaba atraer a su memoria los recuerdos del joven muchacho.

Desde pequeño fue un niño noble y educado, en la aldea le profesaban gran estima. Era algo tímido y desprendidamente servicial. Acompañaba a su padre a la *zawiya* con su *yilaba* y sus blancas babuchas. Su sonrisa y sus ojos chispeantes, descubrían su inocencia. De mis recuerdos, nada hay que quiebre la afabilidad que lo caracterizaba.

Hadiya sumó a la vida de Ibrahim serenidad y fue para él como la luz que sirve de guía en la oscuridad de un bosque. Una mujer sencilla, campesina cuya vida giraba alrededor de él, pero con luz propia. Dios lo había agraciado con una buena esposa, ella fue una mujer excepcional, había sido educada en un entorno de notable *adab*. Hadiya colmó su vida de estabilidad. *Allah* recompensa a los pacientes.

Ibrahim y Hadiya no tuvieron hijos, pero supieron llenar sus vidas de amor, de cariño y consideración por la voluntad de *Allah*. Nunca estuvieron separados, con los años su unión se fortaleció aún más. Fueron como dos pájaros solitarios que volaban por las praderas de nuestra aldea por designio de Dios.

Pero Ibrahim fue un hombre que Dios había escogido y lo probó con algo más, con la ausencia de Hadiya. Así cayó sobre él su destino.

En las palabras de Safiya no se percibía dolor ni tristeza, tampoco resignación. Y dijo:

-Todos debemos aceptar el destino que a cada cual le es asignado. En el interior del corazón de cada aldeano y aldeana, una herida se generaba disimulada por el dolor de Ibrahim, a quien profesaban cariño y respeto.

Ibrahim continuó con su trabajo en el campo y curó su herida con la compañía de los *fuqará*, ellos le enseñaron a encaminar su alma con el recuerdo de *Allah*. Nunca se separaron de él.

Ibrahim lloró durante tres días la muerte de la mujer que había amado desde su niñez. Pero estoy segura que en el fondo de su corazón lloró durante toda su vida.

Nunca más volvió a contraer matrimonio con ninguna otra mujer.

+++++

Transcurrieron cinco años.

El día despuntaba en el horizonte. Aquella mañana el sol matinal iluminaba las montañas de un color otoñal. Desde lejos se oía el canto de los gallos, y sobre las cimas la escarcha fulguraba con los primeros rayos de luz. El agua borboteaba mientras Aisha limpiaba lentamente hierba buena.

Salió al exterior y miró al horizonte.

Arropada bajo su tupido jersey de lana y una colorida manta a modo de voluminoso poncho, sus manos asomaban entumecidas. Cada mañana Aisha daba los buenos días a las montañas, que la observaban misteriosas con su porte majestuoso. No importaba el tiempo que hiciera, lloviera o escarchara, era una necesidad imperiosa. Dio un breve recorrido por la huerta, echó una mirada a las ocho gallinas ponedoras y se detuvo junto al horno a observar la naturaleza.

Los árboles dejaban caer lánguidamente sus hojas y el paisaje acicalado se vestía de primoroso color amarillo otoñal. Un silencioso y exiguo riachuelo bajaba de la montaña, el agua era limpia y escarchada, los árboles le saludaban dejando caer sus hojas y el aire frío las arrastraba suavemente hacia el agua. El cielo a intervalos y tras las nubes plomizas dejaba discretamente clarear tímidos hilos dorados de sol en el arroyo.

Aisha recordó las salidas de Mukhtar y entendió. -*"Dios es bello y ama la belleza"* -dijo Aisha en silencio. -Es una imagen sin igual. Toda la creación es belleza, es el reflejo de la Belleza Divina y esta belleza nutre nuestra alma de equilibrio y armonía, nos enseña la quietud; observar un árbol, una flor o simplemente sentir el calor de los rayos de sol en otoño. La naturaleza nos inspira necesariamente a reflexionar sobre nuestra esencia. Aisha sonrió y volvió a entrar.

Después del desayuno Aisha acude al cementerio. Nunca faltó a su cita. Recitaba algunas *Suras* y volvía a casa. En muchas ocasiones cuando las nubes cubrían de oscuridad el campo y anunciaban lluvia, Aisha a pesar de ello no renunciaba a su visita, volvía a casa empapada de pies a cabeza.

A su vuelta Bashir cubierto con una pequeña manta aguardaba junto a la mesa el calor del té. Aisha se sentó junto a él y mientras tomaban té, le relataba historias y sabias reflexiones espirituales de Safiya. Bashir escuchaba atento sin medir palabra.

La aldea formaba parte de sus vidas. Safiya y Mukhtar impregnaban cada rincón de la casa con sus recuerdos, y permanecían continuamente en la memoria de Aisha.

Cuando volví a la aldea tres meses después Safiya ya no estaba. No pude acompañarla en sus últimas horas y eso me desolaba. Sentí una aflicción que aprisionaba mi pecho. Lloré durante todo el día. Aquella noche no pude dormir, una congoja aprisionaba mi pecho y una angustia despiadada se apoderaba de mí. Aquel dolor me acompañó durante mucho tiempo, y las extrañas y dolorosas sensaciones sólo desaparecieron cuando llegamos a la aldea.